

RECORDANDO A FRANCO**EN EL DESFILE DE LA VICTORIA, FRANCO RECIBE LA CRUZ
LAUREADA*****EDUARDO PALOMAR BARÓ*****En el Desfile de la Victoria, Varela impone la Laureada a Franco**

El 19 de mayo de 1939, antes de iniciarse el primer Desfile de la Victoria –descrito como “entrada oficial de Franco en Madrid”, según orden dada por Serrano Suñer– que se iba a celebrar en el madrileño Paseo de la Castellana, el general Francisco Gómez Jordana, dio lectura al Decreto por el cual se concedía al Caudillo la Gran Cruz Laureada de San Fernando. Tras la lectura, el bilaureado general José Enrique Varela Iglesias, después de unas palabras, impuso a Franco la máxima condecoración al valor militar que le había concedido el gobierno, con la firma de su ministro de Defensa y su vicepresidente, al hacerse eco de tres iniciativas: la del rey don Alfonso XIII, en su condición de antiguo Gran Maestre de las Órdenes Militares; el Ayuntamiento de Madrid, en acuerdo que elevó al gobierno y el Capítulo de la Orden de San Fernando, integrado por todos los caballeros laureados bajo la presidencia del propio Varela. Pese a la lluvia, más de medio millón de madrileños acudieron a la cita militar, que duró cerca de seis horas, y en la que participaron 250.000 hombres, 3.000 camiones, 1.000 cañones, 3.000 ametralladoras y 600 aviones. Más de doscientos periodistas extranjeros fueron acreditados para contemplar el desfile, ocupando una tribuna frente a la del Generalísimo. Desfiló primeramente el general jefe del Ejército del Centro, Saliquet con su Estado Mayor. Le seguían el cuartel general y unidades a pie y motorizadas del C.T.V. (Corpo Truppa Volontaria), con Gambará y cinco generales italianos al frente; representaciones de Marina, Caballería, Carros de combate, Infantería, Batallones de esquiadores, Banderas de Falange, Enlaces motorizados, Artillería, Servicios de Antigás, Escuadrones de Policía Montada del Sur, Ingenieros, Legión Cóndor y quinientos “viriatos” portugueses tras el capitán Nunes de Oliveira. También desfiló, a caballo, el general Solchaga, con su Estado Mayor, jefe de las Brigadas de Navarra, compuestas por las divisiones 45 y 63, llevando al frente de cada grupo una línea de banderas españolas. A continuación lo hacía el general Rafael García Valiño, al frente del Ejército del Maestrazgo. Después los Tabores de Regulares y el Tercio. En este momento cruzaron por el cielo los primeros aviones, formando escuadrillas perfectas. Franco presenció el desfile teniendo a su derecha al general José Enrique Varela Iglesias y a su izquierda al general Andrés Saliquet Zumeta.

Al término del desfile el general Saliquet ofreció al Caudillo y a los principales mandos un vino de honor en el palacio del Banco de España. Franco habla a sus compañeros con todo el entusiasmo renovador derivado de la victoria. Brindó con esas palabras: «Nosotros tenemos ahora que cerrar la frivolidad de un siglo. Que desterrar hasta los últimos vestigios del espíritu de la Enciclopedia. Hablo de revolución sin que me asuste la palabra». Posteriormente el Generalísimo se dirigió a su residencia accidental, el palacio de la Huerta, de la marquesa de Argüelles.

El diario *ABC* de Madrid del día siguiente recogía así la noticia: «*La ceremonia celebrada ayer durante cinco horas largas en el Paseo de la Castellana suspendió los*

corazones. Fue una comunión de entusiasmo y, al propio tiempo, un alarde de profunda y universal sustancia política. Tenía la sugestión de lo nuestro, localizado en el tiempo y en el espacio; pero tenía también un aire insólito de manifestación ecuménica. Ni el desfile interaliado de 1918, que reunió en el Arco del Triunfo y la Plaza de la Concordia 80.000 combatientes, ni el celebrado hace semanas en Berlín, ni el que dos veces al año convoca la propaganda del Komintern en la Plaza Roja dan idea de la parada de ayer. Más numerosa que todas y tan moderna, rítmica y ordenada como el más exigente Estado Mayor haya podido soñar, este espectáculo dice lo que puede ser España, lo que será España si cada español se hace digno de la vida profesional y en la vida social de la épica manifestación que acaban de ofrecer a sus coterráneos y al mundo los Ejércitos de Franco.»

Franco recibe del Ejército las insignias de la Cruz Laureada de San Fernando

El 17 de julio de 1940, en el palacio de Oriente, el general Varela impuso a Franco las insignias de la Gran Cruz Laureada de San Fernando, asistiendo todo el Gobierno y los capitanes generales de cada región militar. Con este motivo el Caudillo dirigió a sus compañeros de armas el siguiente discurso:

“Mi general, señores generales, jefes y oficiales de los Ejércitos de Tierra, Mar y Aire:

Habéis querido tener la gentileza de avalorar este preciado galardón, queriendo ser vosotros los que me ofrecieseis como muestra de cariño y lealtad esta preciosa cruz de San Fernando, que compendia los ideales de todo militar, por su significado en el orden de los servicios de la Patria.

No podemos, en este día y en estos momentos, dejar de recordar su significado, y cómo esta cruz de San Fernando ha ido tejiéndose, día tras día, con las esperanzas, las ilusiones y los laureles de las sucesivas victorias, como también se fue dibujando su venera con la sangre de nuestros Caídos, sobre las espadas y bayonetas de nuestros soldados. Sea, sobre mi pecho, rúbrica de un mandato de nuestros muertos, y, sobre el corazón, símbolo de estima, de caballerosidad que nos acerque a los Caídos y un motivo de evocación en el cotidiano batallar con las asechanzas humanas, legítimas y necesarias para templar el espíritu de los hombres y para fortalecer el coraje de los soldados.

Sea esta evocación de las espadas sangrantes orladas de laureles el recuerdo que nos acerque a los que cayeron sin poderla ostentar. Que nos separe de las pequeñas miserias para acercarnos a las grandezas de nuestra Patria. Y en los días de contrariedad, cuando la debilidad intente invadir nuestro espíritu, evoquemos aquellos otros momentos de soldados, de grandiosa elocuencia de verdad y de enorme fortaleza en que ante una camilla parda, ante el cuerpo rígido del Caído, sucumbían las diferencias y los orgullos y quedaba sólo lugar para el testimonio mudo de admiración ante la grandeza y el heroísmo; sea éste el módulo de nuestras honradas ambiciones.

Os digo esto porque somos los españoles un pueblo olvidadizo, porque acostumbramos a vivir al día, porque no miramos hacia atrás, porque no sabemos ver la cadena de héroes, porque no contemplamos la suma de sacrificios.

Hemos hecho un alto en la batalla, pero solamente un alto en la batalla; no hemos acabado nuestra empresa. No hemos hecho la Revolución. No se ha derramado la

sangre de nuestros muertos para volver a los tiempos decadentes del pasado. No queremos volver a los tiempos blanduchos que nos trajeron los tristes días de Cuba y Filipinas. No queremos volver al siglo XIX. Hemos derramado la sangre de nuestros muertos para hacer una Nación y para forjar un Imperio. Y al decir que hemos de hacer una Nación y crear un Imperio no pueden ser esto palabras vanas en nuestra boca, y no lo serán. Hemos de forjar la Unidad de España, una España mejor, plena de grandeza y de contenido político; hemos de hacer política, señores. Mucha política. Y digo política llenándome el corazón con la palabra. No la política mala de los tiempos del siglo XIX. No la política liberal, que enfrentaba al hermano con el hermano. No la política de división de nuestras clases, que despertó vuestro desprecio y justamente os encastilló en los cuarteles, sino la política de Unidad de España. Pues habéis de saber que esos Siglos de Oro de nuestra Historia, esos siglos que miramos como cimientos y fundamento de la Nación española, los siglos en que Isabel y Fernando llevaban sus pendones por España, eran hermanos del que ahora alumbramos. Una España dividida, una España sojuzgada, una España llena de miserias, una España rica en cicateros y egoísmos, fue la que ellos encontraron. ¿Y qué es lo que hicieron los Reyes Católicos? ¿Qué fue su primer acto del matrimonio de Isabel? El primer acto político, el de preparar la unidad de España uniendo los dos grandes pedazos en que estaba dividida y sacrificando las conveniencias y el corazón por la grandeza de la Patria. Acto político, eminentemente político, de una reina ejemplar, y que significó el derrumbamiento del poder de los señoríos y el alivio de la miseria de las clases del pueblo con la supresión del despotismo secular de las tierras de España; sino actos eminentemente políticos de los Reyes Católicos. Y cuando asumió el rey todos los poderes y vinculó en la Corona las maestrías de las Órdenes Militares, las fuerzas de choque de entonces, ¿qué hizo, más que un enorme acto político para fundir el poder de los Ejércitos de entonces con el del Soberano? ¿Y qué fueron Cisneros y Mendoza, al lado del rey, abrazados estrechamente a él, más que la Unidad de la Cruz y de la Espada presidiendo un pueblo? ¿Y qué significado tuvieron las epopeyas de la Reconquista, más que la ejecución constante y sistemática de la directriz política de la Nación? ¿Y qué la expulsión de los judíos más que un acto racista como los de hoy, por la perturbación creada por el logro de la Unidad por una raza extraña adueñada de un pueblo y esclava de los bienes materiales? ¿No son estos actos eminentemente políticos? Y cuando se emprende la conquista de las Indias, con nuestras sabias leyes y con nuestros adelantados, va la política universalista de España con sus banderas y su Cruz, y un sentido católico evangelizador preside la política de aquellos tiempos. Y hasta en los últimos momentos, cuando aquella santa reina pone su firma en el testamento, suscribe un testamento político para su pueblo: el mandato de Gibraltar, la visión africana, unidad política, expresión política, mandatos políticos que pasados cuatro siglos, aún perduran en eterna lección.

Ésta es mi inquietud. Que sintáis toda esta vida de España. Que abráis vuestro corazón a la Unidad. Que aprovechemos la lección que estamos recibiendo. Vivimos los momentos más interesantes de nuestro siglo. No queremos la vida fácil y cómoda. Queremos la vida dura, la vida difícil, la vida de los pueblos viriles. Nos asomamos a Europa con títulos justos y legítimos. Quinientos mil muertos por la salvación y por la Unidad de España ofrecimos en la primera batalla europea del orden nuevo. No estamos ausentes de los problemas del mundo. No han prescrito nuestros derechos ni nuestras ambiciones; la España que tejió y dio su vida a un continente se encuentra ya con pulso y con virilidad. Tiene dos millones de guerreros dispuestos a enfrentarse en defensa de sus derechos. Pero no serían nada estos guerreros, no sería nada nuestro

material, ni nuestra fortaleza, si entre las divisiones de un pueblo pudiera el enemigo abrir su brecha.

Yo estoy seguro de que ahora y siempre habréis de formar alrededor de mí el cuadro. Yo estoy convencido de que vosotros, que convivís con el pueblo, sabréis comprenderlo, pues no en vano, en las reuniones castrenses y en vuestros cuarteles he visto yo llorar de emoción a los jefes y a los oficiales al recibir las confidencias y las pequeñas miserias de la vida de sus soldados. Si la vida de España ha de ser milicia necesita de las virtudes militares y del espíritu de disciplina. Es el Ejército espejo en que la nación se mira, y por ello, hoy, en que la gran inquietud de España se va haciendo carne con esta Revolución nacional, que ha de elevar a tantas clases y ha de dar satisfacción, y, por lo menos, la sonrisa al enemigo, ya que no le podemos dar la alegría, habéis de ser vosotros el más fuerte jalón que hemos de poner en el camino, con toda la comprensión, con toda la grandeza del espíritu, con toda vuestra lealtad y con toda vuestra disciplina.

Disciplina, que es nervio de las virtudes castrenses. Disciplina y Unidad, que son el secreto de esas fantásticas victorias de los campos de Europa. Que no admite reservas, condición ni menoscabo. Disciplina, que tiene un hermoso ejemplo de meditación en ese hombre caído, sobre una camilla parda, que no preguntó ni adónde iba ni cómo le mandaban. Esa es la disciplina. Uno que manda, con su empleo responsable ante las jerarquías superiores, cuando no ante el supremo juicio de la Historia, y otros que, ciegos, le siguen y obedecen, como siguieron a Fernando e Isabel, como siguieron a nuestros caudillos en las tierras remotas de América y como me seguiréis vosotros.

En homenaje a nuestros muertos, en recuerdo de éstos, afirmad conmigo: ¡Arriba España!

